

tán Mandú (que me acompañó a Bogotá en mi último viaje y tan gratos recuerdos guarda del Ilmo. Sr. Arzobispo y de los Sres. Ministros que le agasajaron), si, ese mismo cuñado de Ud. quiso sonsacar al citado capitán prometiéndole bailes, fiestas y bebidas alcohólicas. En fin, otro miembro de su familia de Ud. ¿no se llevó a una india de aquí?

«Pero ya es tan arraigado el amor a Colombia en el corazón de nuestros feligreses, que nada consiguió Ud. ni conseguirá jamás el que pretendiere algo parecido.

«¿No recuerda ahora Sr. mio, las escenas del censo? cuando rehusándose a abandonar a Colombia y negándose a reconocer a su patria de Ud. por la de ellos, aquellos infelices indígenas que no tenían mas modo de manifestar su protesta, huyeron al monte!!! Sépalo muy Sr. mio, quieren ser colombianos y a nuestro lado vivir en Colombia.

«Además, protesto Sr., en el nombre de mis superiores y en el de Colombia contra el atrevimiento suyo llevado al extremo de hacer comparecer ante Ud. a los indios del «Cuyucuy» y de otros caños, con el fin de preguntarles si querían pasarse allá con Ud. o no. Pensaba tal vez en aquel entonces, acabar con la misión



El R. superior de Montfort Papuri y el capitán Mandú, del cual se habla en esta carta, con su hijo.

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 25

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPÍTULO VII

Visita que hace el Tuerto Garmendía a mi amo

Eran las nueve de la mañana de un domingo. Yo estaba atado cerca de la puerta de la casa, en la que no respirábamos más vivientes que D. Cesáreo, un pajecito y yo. El resto de la gente de la casa estaba en el pueblo. De repente llegó a la puerta el Tuerto Garmendía y, con su voz áspera y destemplada, llamó a D. Cesáreo. A éste, según lo advertí sin trabajo, le hizo mal estómago la

y al mismo tiempo con el afecto a una patria que viene arraigándose día tras día en sus corazones.

aparición de Garmendía.

Ofrecióle asiento con toda la política que pudo, y haciendo de tripas corazón, se le mostró obsequioso, porque, como toda la gente de la comarca, le tenía miedo.

—Vengo, le dijo el Tuerto, a que me venda un buen patón.

—Ay, mi amigo D. Lucio, respondió mi amo: cuánto siento que Ud. haya venido en tan mala ocasión: no tengo ahora ni un solo caballo de que disponer.

—Hum, hum ¿y la partida de patones que le he visto en el potrero?

—Esos . . . esos . . . esos, son ajenos.

—Vea, D. Cesáreo, el que quiero que me venda es este moro que tiene ahí cogido.

—Pero, mi querido D. Lucio, si ese es el caballo de Macaria: es el único que le gusta; y, además,

«Gracias a Dios, aun cuando no hubiera sido el amor patrio bastante fuerte para conseguir la firmeza de carácter

no tengo otra bestia en que ella pueda montar.

—Si no hace nadita que vi que lo estaban amansando. ¡Ella qué va a montar en ese potrejón!

—Es que es muy manso; ya lo ha montado muchas veces.

—Nada, D. Cesáreo: yo me llevo el moro: me gusta y se lo pago bien.

—No puede ser; no puede ser; nunca he pensado venderlo.

—Ud. nunca ha querido hacer un negocio conmigo.

—Tendría el mayor gusto en que hoy hiciéramos uno; pero ya le digo.

—¿Es que Ud. está pensando que mi plata no vale lo que vale la de cualquiera otro?

—No sé me amostace, mi D. Lucio; Ud. debe estar seguro de que yo le tengo aprecio. . . .

—Qué aprecio, ni qué . . . (aquí dijo una expresión que por